

Arañando la tierra

Como cada lunes aquel grupo de hombres se adentraba en la tierra descendiendo en un montacargas que gruñía con cada centímetro de recorrido. Los pasos dejaban atrás una estela de polvo que las pesadas botas se empeñaban en levantar al arrastrarse por la tierra. Llegaban cabizbajos, sin ganas, sin sonrisas, pero entre aquel grupo dos cabezas se erguían, dos amigos se miraron y sonrieron cómplices. Aquel lunes era diferente para ellos.

--Mi último lunes --dijo Ramón dando un codazo a su compañero. -- ¡Una semana y jubilado! --Ramón se ajustó el casco. --¿Y tú no tienes nada que contarme?

Tomás no pudo esconder su rostro resplandeciente, aún tenía en su boca el sabor de la piel femenina.

--¡Ya es mi novia Ramón! --Tomás suspiró aliviado por su gran triunfo.

Entraron con el último grupo, los dos compañeros encogieron el estómago una vez más al ver desaparecer la luz de la mañana, el negro de la mina se iba adueñando de sus vidas, una vez más. Tomás pensó que ya debería estar acostumbrado, trabajar en *tierras negras*, como ellos lo llamaban, le había preparado para respirar con poco oxígeno, para permanecer inmóvil y atento ante cualquier sonido que se asemejara al de la tierra agrietándose. De sus 39 años, pasó ya tantos en la mina.

Pero ese lunes era diferente, le costaba más alejarse de la superficie donde la había dejado a ella. Carla llegó al pueblo hacía un año, su primer destino tras aprobar magisterio. Él nunca habría aspirado a tener una mujer como aquella, culta, fina, con ese aire elegante y diferente que daba el haber vivido siempre en la superficie.

--No te la mereces. --Ramón disfrutaba pinchando a su joven compañero.

Tomás no se atrevió a contestar, no quería que su voz cubriera aquel sonido. Aquel ruidito les borró la sonrisa de lunes. Levantaron la cabeza, sobre sus ojos apareció una meteórica grieta que se dibujó por la pared hasta que partió el suelo que los sostenía. La tierra se borró bajo sus pies, los engulló junto con los picos, los cascotes... El polvo se hizo el dueño en el interior de la tierra.

A Tomás la tierra le taponaba la boca, sus manos resbalaban intentando desesperadamente agarrarse en algún escollo de la huidiza pared, arañó la tierra aprisionándola como la noche anterior agarró y aprisionó las caderas de aquella diosa. Perdió a Ramón de vista, ¿cayó con él?

Silencio. Por aquel endiablado tobogán subterráneo resbalaba aún la tierra. --¡Qué bonito aquel sonido en un parque!

--¿Ramón? --Tomás apenas elevó la voz. --¿Ramón?

Silencio. Por primera vez sintió miedo. Miedo a que lo dieran por muerto, a no gozar más de aquella mujer que lo tenía hechizado.

--¿Ramón? --insistió.

Quince años en los que entró y salió de la mina por su pie. Sabía de los derrumbes, los había visto otras veces, pero él siempre estaba entre los otros, entre los que estaban fuera. Recordaba a los compañeros en la boca de la mina, arriesgándose en el rescate. Recordabas a las mujeres llorando en silencio, con el estómago encogido, sin atreverse a mirarse entre ellas para no ver en sus caras la angustia, para no descubrir antes de tiempo la verdad que les esperaba. Recordaba a los patronos vestidos de sport con su cara de circunstancias por haber tenido que interrumpir su cena.

¿Y ellos? ¿Qué pasaría ahora con la ansiada jubilación de Ramón? ¿Quién llevaría a sus nietos al colegio con aquel traje de los domingos y su corbata navideña?

¿Y Carla? ¿Lloraría por él? ¿Habría algo más valioso en este mundo para un hombre que el que le llora una mujer? ¿Cómo serían sus lágrimas? ¡Carla, Carla! La veía tan real. ¿Estaría ya muerto? Juraría que sentía su piel, aquella piel por la que moriría por tocarla una vez más. Por si acaso, aunque fuera un sueño que le despedía de este mundo apretó aquella mano, y quizá, quizá estaba notando una lágrima que le resbalaba por la cara abriendo un surco entre aquella capa de polvo.

Quería llamarla pero no podía, su voz quería gritarle: ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!

--¡Que no se arranque la mascarilla! ¡Necesita el oxígeno! ¡Señorita por favor, déjenos trabajar! –Aquel médico empujó a Carla sin

miramientos, pero a ella no le importó, él vivía, se lo arrebató a la tierra, respiraba, la había mirado.

En el suelo, arrodillada, clavando los dedos en la tierra la mujer de Ramón repetía una y otra vez aquel movimiento, como si quisiera desenterrar a su hombre con las manos. Carla se vio a sí misma allí, con sus manos heridas, arrancando con rabia la negra tierra, peleando con la mina que enterraba a su hombre en vida.

Quizá en una semana, en un mes, en un año...

¡No! –se dijo. Ella no se dejaría vencer, ella viviría sin miedos, arañaría como aquella mujer, pero arañaría la vida, sus momentos de placer y femineidad con aquel hombre. Iniciaría una nueva casta de mujeres, alejadas de las Marías, Antonias, Josefas...vestidas de negro. Era el tiempo de las Carlas, de las mujeres sin miedo, de las de verdad, de las que vestirían de blanco.

¡No! –se repitió, ni en una semana, ni en un mes, ni en un año...